

El imprevisto viaje a México fue de contrastes. No todo fue dolor, conocí lugares y saboreé comidas diferentes. De regreso a Papantla ocupé el asiento delantero, deseaba ver los paisajes y los pueblos por los que íbamos cruzando.

Me ganó la curiosidad y le pregunté a Sebastián por qué conocía la ciudad de México palmo a palmo; me respondió que él radicaba en el Distrito Federal, que le conducía al señor Bladimir cuando iba al Distrito Federal o a Cuernavaca; que el resto del tiempo se encargaba de recibir los productos que enviaba Bladimir a la Central de Abastos. Ésta plática no la escucharon mis papás, el agotamiento y el suave desplazamiento del vehículo, los durmió

El chofer se quedó en el mismo hotel que nosotros, tomaba sus alimentos antes para cumplir con la encomienda de conducirnos por la ciudad. La visita a la Virgen de Guadalupe apaciguó un poco mis emociones. Fue importante haber estado en la Catedral, el templo más importante de México. También me agradó conocer las zonas más bonitas de la capital. Me convencí que la vida debía seguir rodando, mis ánimos tenían que enfriarse.

CAPÍTULO 6

Una semana después de los funerales de Paulo Emilio, el trabajador del rancho de mi papá nos sorprendió con la noticia que se habían muerto dos reses. Insistió que la muerte de las vacas la había ocasionado el veneno de algún animal raro en la zona. Días después mi mamá platicó con una comadre de las que creen saber todo, le dijo que en Papantla se estaba poniendo en duda el profesionalismo de mi papá, comentaban que “ni a sus propios animales podía curar”. Mamá se lo contó a papá cuando llegó a comer. Se preocupó, le aseguró que no era ningún animal ponzoñoso de los que hay en la zona, el piquete y los efectos del veneno eran diferentes.

Papá acudió con el señor Bladimir para comentarle lo sucedido. Le afirmó que en su carrera como médico veterinario nunca había visto algo así. El amigo se ofreció para enviar a un laboratorio de Puebla, una muestra del área infectada del animal para ser analizada; uno de sus choferes la llevaría aprovechando un viaje que tenía que hacer para comprar mercancía. “De esa manera saldríamos de la duda”, externó con amabilidad. Al siguiente día se cumplía el acuerdo.

Dos días más tarde, papá recibió un telegrama con los resultados del análisis: “Picadura de un animal conocido como Scorpionida, dotado de un par de apéndices (tenazas), que produce un veneno de alta letalidad”. Al investigar más sobre éste animal, descubrió mi papá que su hábitat eran las zonas desérticas o las selváticas tropicales. Era imposible que ese animal pudiera habitar en un lugar como Papantla,

el clima de ahí no era propicio para su reproducción. Los resultados del laboratorio lo preocuparon.

Los comentarios sobre su falta de capacidad para salvar la vida de sus propios animales llegaban a los pueblos cercanos. El chismorreo crecía como las ondas de una piedra que cae al agua. Estaba en juego su prestigio y la tranquilidad de nosotros. Fue a Durango en búsqueda del antídoto para contrarrestar el veneno del animal que podría seguir picando vacas; allá abundaban ese tipo de animales.

En otra ocasión, el dueño de un rancho acudió a mi papá para que salvara una de sus vacas que tenía una picadura similar a las otras; asistió al llamado, aplicó el antídoto, no se logró el efecto deseado; pero descubrió algo interesante: la cantidad de veneno que tenía el animal en su cuerpo era mayor al que un venenoso alacrán contenía en su aguijón.

Se extinguía su fama de ser el mejor veterinario de la región. Su prestigio iba en caída libre, “ya no cura a los animales”, especulaban. Algunos decían que se le morían los animales porque usaba productos de mala calidad, de los que vendía en su veterinaria. Tragedia tras tragedia.

La clientela se alejó. No comprendíamos qué estaba pasando. Cumplía con mis tareas pero mis calificaciones bajaban, mi actitud había cambiado, me lo decían mis compañeros. No iba a fiestas, solo a la iglesia con mis papás como antes de hacerme novia del Paulo Emilio. La sucesión de hechos que involucraban a mi familia modificó el ritmo del tiempo: parecía estancarse.

Para darme ánimo y hacerme la vida menos intrincada, de vez en cuando me visitaban mis primas a sugerencia de mis tíos; me hablaban de muchachos a los cuales yo les gustaba, pero yo no deseaba acercamientos por compasión, mis vacíos no se llenaban con la presencia de nadie. No quería saber nada que me acercara a una relación amorosa.

Mi madre me decía que no me preocupara, que la situación que vivíamos era pasajera, que Dios nos iba a ayudar, que debíamos confiar en él. “Son pruebas que Dios nos pone para comprobar nuestra fe”. Me envolvía con sus brazos, me besaba la frente y con sus dedos alaciaba mi pelo.

ESTABA POR CUMPLIR 17 años. Les rogué a ambos que no me los celebraran, no quería saber nada de festividades.

Llegó el día de mis años. Era lunes. Bajé a desayunar, me felicitaron mis papás, también mis tías que temprano habían llegado. A mi regreso de la escuela comimos en la casa; nos acompañaron mis tías.

Las ganas del festejo por cumplir años quedaban para otra ocasión ya que, por esa, no había dinero para gastarlo en fiestas. En noviembre de 1967 hablaba de irse a otra

región ganadera no importando qué tan lejos fuera. Localizó a unos amigos suyos que estaban dispuestos a ayudarlo. Le dijeron que en enero de 1968 se trasladara junto con nosotros a donde vivían. Nos apoyarían mientras tenía ingresos propios.

Se acercaba la navidad, nuestra situación económica se agravaba. Papá ofreció en venta sus vacas; no se las compraron. Decían que estaban contaminadas. El señor Bladimir que tanto nos había apoyado cuando murió mi novio, ahora se había alejado. Mi mamá trataba de convencer a papá que le pidiera un préstamo. Se resistía. No sabíamos qué había pasado con quien en otras ocasiones nos había demostrado su aprecio. Silencio y desolación era lo único que poseíamos.

El día anterior al de la navidad, mis papás decidieron no invitar a nadie para el festejo tradicional. Pensábamos que sería la peor de las navidades. La cena estaría acompañada de mucho pesar. Nadie me quitaba la idea que era castigo del divino; solo que no atinaba por qué. Comentábamos que pudiera ser el preludio de algo bueno que prontamente llegaría. Nuestras mentes estaban en otra fecha.

El 24 llegó con nubes altas en fondo azul. Sería un día frío. No podíamos contener una que otra frase de desolación. “Ni la camioneta tenemos ya”, le dijo con voz desconsolada papá a mamá. No podía creer que llegásemos al límite de la desesperación. Parte del dinero de la camioneta sería utilizado por papá para trasladarnos a otro lugar e instalar una veterinaria. A pesar de la situación por la que estábamos atravesando, papá repetía que le iría bien; claro, lo hacía para levantarnos el ánimo. A las once de la mañana del 24 papá fue a comprar lo que se necesitaba para la cena. Se encontró al chofer de Bladimir, Le preguntó por él.

—¿Cómo está mi amigo don Bladimir?

—Anda fuera, doctor, lo más probable es que la navidad la vaya a pasar en México o en Puebla.

—En cuanto regrese y lo veas dile que lo busqué para felicitarlo con motivo de la navidad, y desearle lo mejor a él y a su familia que tan bien nos han tratado. De ellos hemos tenido más de lo que hemos merecido —Se abrazaron, se desearon suerte, se despidieron.

Papá regresó, nos contó de su encuentro con aquella persona; mi mamá utilizó una frase que expresaba cuando teníamos problemas: “Dios es grande, no nos preocupemos de más”. Ese medio día comimos desganados, no había esperanzas que la alegría entrara por la puerta por donde una vez había salido.

Me aprestaba a subir a mi cuarto cuando alguien llamó a la puerta. Los golpes eran fuertes, seguramente los daba un hombre recio de manos trabajadas. Abrió mi papá que estaba cerca de la puerta, iría a la veterinaria para hacer cuentas de lo vendido y cerrar más temprano porque el empleado se retiraría a su casa a departir con su familia.

Era el chofer de Bladimir con el que se había encontrado horas antes en una bocacalle del pueblo.

—Qué noticia me traes, tienes cara de contento. ¿Será bueno lo que me vas a contar?

—Claro que sí, señor David, me dice mi patrón que si por favor reciben lo que traigo en la camioneta, es para la cena de navidad que hoy celebrarán.

—Pero... ¿a qué se debe esto?, no entiendo... Explícamelo, nosotros ya tenemos la cena lista...

—Es que... el señor Bladimir vendrá a cenar con ustedes, si es que tienen a bien recibirlo.

Extrañado, mi papá le recordó que cuando se encontraron le había dicho que “andaba fuera”, que no pasaría la navidad en su casa de Papantla. El chofer le confesó que tenía instrucciones de no decir nada a nadie porque “Quería darles la sorpresa”. Desde la puerta llamó a mamá para pedirle que se acercara y le asegurara que no estaba desvariando. Su amigo se hacía presente otra vez, además ¡enviaba viandas!

El chofer se ofreció para introducir hasta la cocina lo que llevaba: pierna de cerdo preparada, pavo envinado importado, botellas de vino francés, Whisky, sidra para nosotras, Turrón español y otros productos que también formaban parte del pertrecho alimenticio.

—¿Con cuántas personas va a venir nuestro amigo? —le preguntó papá—. ¡Esto es para un ejército!

Mayor fue el asombro cuando el chofer le dijo:

—Me instruyó mi patrón que les explicara que no movieran nada porque a las seis de la tarde llegarían dos cocineras y un mesero que se harían cargo de todo. Ustedes ahora son los invitados, solo que en su propia casa.

Agregó que llegaría con tres amigos, uno de ellos radicado en los Estados Unidos; consideró que tal vez asistiera otro amigo de él en caso de llegar a tiempo de un viaje.

El mesero llegó a las siete, cargaba cajas con vasos y copas. Se presentó como el mesero, solicitó permiso para entrar. Nos dijo que podíamos llamarlo miguel, pidió se le mostrara la cocina y el comedor para instalarse. El contenido de las cajas lo colocó junto al lavadero de trastes; lavó cuidadosamente cada una de las piezas, las secó con un trapo que llevaba consigo.

Cuando mis papás intentaron participar en los preparativos para la gran comilona, el mesero les aclaró que los invitados éramos nosotros, que les permitiéramos atendernos.

Mis emociones se activaron y mi ánimo se elevó. Disfruté ver a mis papás entusiasmados con la noticia, aunque eso no resolvería la situación económica de la

familia, solo la momentánea alegría de esa noche hasta el día siguiente. Mi mamá y yo aprovechamos el tiempo para embellecernos. Papá sabía, no sé quién le dijo, que Bladimir y sus invitados llegarían por ahí de las ocho de la noche. Él procuró estar arreglado desde las siete por si anticipaban su arribo.

Inmediatamente después del mesero llegaron las cocineras. La casa se llenó de fiesta. Me sentí arropada, escondí la tristeza. El olor afrutado del ponche llegó hasta mi recámara. Dieron las ocho de la noche. Mis padres se encontraban listos para recibir al mecenas de mis quince años. El semblante de nuestras caras se había modificado; las sonrisas volvieron a su sitio. La puerta de la casa permanecía abierta de par en par, pronto entrarían las personalidades que ocuparían los lugares en el comedor. El mesero sugirió que se agregara otra mesa.

A LAS OCHO Y MEDIA de la noche escuchamos el motor de un vehículo que se estacionaba frente a la casa. Los ocupantes descendieron, se acercaron a la entrada, saludaron en voz alta. Bladimir pidió permiso para entrar, mi papá fue a su encuentro. Bladimir abrazó a papá, saludó de mano a mamá y a mí. El de más edad era Winston, de tez blanca, vientre abultado, sonrisa generosa, frente amplia, melena que le cubría la nuca; nos abrazó a los tres. Observé sus tirantes amarillos con una delgada línea roja en el centro. La otra persona era un apuesto joven llamado Félix, frisaba los veinticinco años de edad; amable, de modales finos. Usaba ropa de marca de colores tenues. En su mano derecha llevaba una gruesa pulsera de oro; en la izquierda, un reloj del mismo metal. Por un momento creí que lo había llevado Bladimir con la intención que yo lo conociera. Estaba equivocada.

El chico se detuvo un instante frente a la fotografía de mis quince años que colgaba de la pared. También puso sus ojos en otra de mi mamá recortada en madera, colocada sobre la mesa del pasillo.

Mamá invitó a los visitantes a tomar asiento en el comedor. Bladimir le pidió a mi papá que se sentara en la cabecera del comedor; a sus costados: el mecenas de un lado y del otro su socio. Mamá ocupó la silla del otro extremo de la mesa; yo, a su lado. Una vez acomodados se acercó el mesero, le preguntó a mi mamá qué bebida deseaba, le respondió que le preguntara primero a los invitados. Cuando se dirigió a mí le contesté igual. Los señores pidieron whisky, el joven eligió tequila.

“Deseo brindar por la felicidad de los presentes y de nuestras familias” dijo Bladimir al tiempo que levantaba su copa para que nosotros hiciéramos lo mismo. Nosotras brindamos con refresco. Corearon: ¡Salud!; le dimos un trago a nuestras copas, las regresamos a la mesa. Bladimir volteo a ver a mamá, sonriendo le dijo:

—Apreciada señora, ¿podría usted permitir que en éste momento entre a ésta su casa una persona más?

—Claro que sí. ¡Encantados! —contestó mi mamá.

—Hazlo pasar por favor —le dijo Bladimir a Félix mirándolo a la cara sin parpadear.

Nos levantarnos de nuestros asientos, miramos hacia la entrada, Félix abrió la puerta, salió a la calle, se escuchó el ruido de dos puertas que fueron cerradas; luego el de la cajuela. Al volver, el joven empujó la segunda hoja de la puerta con el dorso para entrar con todo y unas cajas que cargaba. Nuestros ojos se abrieron impávidos al imaginarnos el contenido de las cajas adornadas con moños.

De cerca lo seguía el chofer. El volumen de la carga los obligaba a caminar lento para mantener el equilibrio de las cajas. Mi mamá no esperó más, se levantó, le siguió mi papá, yo permanecí sentada. Los comensales estaban alegres, reían al ver nuestras caras de sorpresa. Los regalos fueron colocados en el árbol de navidad, eran seis, supuse que dos para cada uno de nosotros. Bladimir aclaró que la mitad de ellos los obsequiaba su amigo, el socio. Una vez que se incorporó Félix a la mesa Bladimir expresó: “Brindo por verlos contentos”. Después de brindar mamá colocó su copa sobre la mesa, tomó mi mano, la apretó fuerte, así permaneció un rato; en voz baja me dijo: “Dios es grande hija mía, cuándo nos imaginábamos esto en ésta fecha”.

La plática se colmó de anécdotas y de historias contadas con gracia. Tenía curiosidad por saber qué contenían los regalos. Imaginaba que serían obsequios de alto valor, no se podía esperar otra cosa de personas adineradas. El señor Bladimir demostraba su aprecio por nosotros, principalmente por mis padres, conmigo no era tan efusivo. La alegría volvía a nuestro hogar después de meses de ausencia.

Las sorpresas continuaban. Hubo otra que no esperábamos. El ambiente festivo reinaba en la casa. Faltaban pocos minutos para las once de la noche, hora propuesta para servir la cena. Bladimir se dirigió a mi papá para comentar lo siguiente:

—David —habló Bladimir—, mi socio quiere hacerle una propuesta, esperamos no la vaya a rechazar. Le he platicado lo profesional que es usted; como médico veterinario es el mejor —continuó halagándolo—. Eso ha despertado envidias que le han acarreado algunos problemas aquí en el pueblo. Le he platicado también de la gran amistad que ustedes me han conferido; ya ve que amigos... ¡pocos!

—Gracias amigo Bladimir por tan inmerecidos elogios —alcanzó a decir papá—. A sus cálidas órdenes, lo que desee de mí estoy para servirle.

—Me gustaría repetir —intervino Bladimir con tono optimista dirigiéndose a su socio—, lo que antier platicamos en Estados Unidos cuando hablamos de nuestro proyecto.

—Bueno, señor David —agregó el socio sin mayor pausa—, vamos a exportar ganado fino al país donde radico: los Estados Unidos. Hemos conseguido mercado

allá, vamos a vender reses a dos ciudades de Texas, las llevaremos a los rastros, ya les demostramos que tenemos la mejor carne. Usted se encargaría, como socio, de la salud de los animales. Allá exigen animales completamente sanos. Se trasladaría usted a los ranchos con los que mi amigo Bladimir ha pactado el negocio. Si acepta, si no nos hace el feo, empezamos la próxima semana, señor David.

El semblante de mi papá cambió. Sus ojos se tornaron expresivos, hubiera gritado de alegría. Permaneció atento a la explicación del amigo de Bladimir.

—Me dice Bladimir —continuó—, que usted no tiene vehículo. No se preocupe, dispondrá usted de una camioneta nueva que le daríamos en cuanto nos llegue de Monterrey. No quiero que se sienta presionado, consúltelo con la familia y al rato nos dice.

El joven Félix elogió el mantel rojo con motivos navideños que cubría la mesa. Bladimir platicó cómo había convencido al dueño de un bonito rancho de la región, para que se lo vendiera.

—Pláticanos cómo le hiciste, socio —le consultó su socio Winston.

—Le dije al dueño que en el subsuelo del rancho había petróleo y que el gobierno se lo iba a expropiar.

—¿Pero... cómo es que el tipo te creyó, Bladimir —aseveró el socio?

—Muy sencillo, socio, le mandé echar unos galones de petróleo por aquí y por allá, como si hubiese brotado de la tierra. Quedó absolutamente convencido. Rieron a carcajadas —Me pareció chistosa la ocurrencia, la celebré.

Poco antes que sirvieran la cena, mi papá solicitó se le permitiera platicar con nosotras sobre la propuesta que acababa de recibir. Fuimos a la sala, nos acomodamos los tres en el sillón grande, papá nos preguntó sobre la propuesta, le recomendamos que la aceptara. Deduje que había que simular que la decisión la tomábamos en acuerdo familiar. Después de unos instantes regresamos a la mesa. Papá esperó el momento oportuno; mientras, seguían brindando y conversando. Procuraban no hablar de negocios como se lo habían propuesto al inicio de la reunión, aunque recurrentemente lo hacían. El momento se dio. El socio, forzando la respuesta dijo en voz alta:

—Creo que tenemos un fuerte motivo para brindar. Quiero adivinar que obtuvo usted el consentimiento de la familia, señor González. ¿Ha sido así...?

Sin prolongar la respuesta papá le dijo lo que querían escuchar.

—Efectivamente, la familia me ha dado su respaldo y autorización para que me entregue a las tareas de las que nos han platicado, por lo que mi respuesta es afirmativa.

Como catapultado, Bladimir se levantó de la silla con su copa en la mano, le siguió el socio, todos nos pusimos de pié y brindamos. Antes de tomar asiento Bladimir propuso abrir los regalos. En tono de broma agregó:

—Si no les gustan se los devuelven a mi socio —reí nerviosa.

Nos acercamos al árbol navideño. Resultó fácil identificar a quién correspondía cada regalo, nuestros nombres estaban en las tarjetas adheridas en cada una de las cajas.

LAS SORPRESAS no terminaban, eso era un verdadero sueño, temía que al despertar me encontrara con la cruda realidad; no podía creer lo que estaba ocurriendo. Mis lindos padres prefirieron que yo fuera la primera en abrir mis regalos. Fui por las tijeras, las tomé del costurero, abrí el más pequeño de los dos; me quedé muda cuando vi el contenido: un juego de aretes, collar y prendedor de... ¡auténticas perlas! Grité de alegría, puse una cara como la de un niño antes de llorar. Entonces... ¿que contendría la más grande?, me pregunté. Hice lo mismo y otra sorpresa: un abrigo y una preciosa bolsa de mano. Mi mamá fue halagada con otro abrigo y un sombrero. Faltaba mi papá. Todos permanecíamos en expectación. La caja grande contenía un sombrero Texano. La más chica traía relleno de papel; lo sacó, en el fondo estaba una pequeña caja que contenía las llaves de un vehículo. Cuando las tuvo en sus manos volvió la cara hacia el señor Bladimir, le dijo:

—Mi querido amigo, esto debe ser una broma. ¿Qué abren estas llaves que tengo en mis manos?

—Investiguemos —respondió Bladimir, riendo.

Nos paramos, mi papá tomó la delantera, lo seguimos, salimos a la calle, el lugar del vehículo en el que llegaron ahora era ocupado por una camioneta tal como la habían descrito horas antes, mintiendo que la traerían de Monterrey. Papá se quedó sin palabras. Bladimir le señaló:

—Sé preguntará por qué le dimos en regalo las llaves de la camioneta, cuando habíamos quedado que lo haríamos si usted aceptaba. ¿No es así, socio?

—Exactamente, querido amigo, ese razonamiento pasó por mi testa —remató papá.

—Bueno... es muy sencillo —continuó hablando el benefactor de la familia—, usted a nadie le negaría un favor; lo nuestro no era un ofrecimiento, era un favor que le estábamos demandando; eso era. Les suplico que entremos, que siga la diversión.

Bladimir se colocó en medio de mis papás, los abrazó, entraron a la casa. Como si todo hubiese sido con guión en mano, al llegar a la mesa nos encontramos con la cena servida. Se sentó y dijo: “Comencemos”. A mi papá le tocó decir la plegaria para los

alimentos, juntamos nuestras manos en posición de oración, inclinamos la cabeza, cerramos los ojos, le dimos gracias a Dios por darnos los alimentos para esa noche.

Vino a mi mente el recuerdo de mi ex novio. Me hubiese agradado su presencia en ese momento. El festín no era suficiente para olvidarlo. Mamá notó mi distracción, supo lo que cruzaba por mi mente; me miró discretamente, guardó silencio. Los señores hablaban de los planes con la incorporación de mi papá en el selecto grupo de adinerados.

La temperatura había bajado, hacía un poco de frío. Le pregunté a mamá si estrenaba el abrigo que acababa de recibir como regalo de navidad; me propuso que mejor fuera por un suéter; “yo haré lo mismo”, me comunicó. Los invitados no tenían frío. Observé que Bladimir estaba ingiriendo menos licor que los otros; cuando el mesero rellenaba su copa, el Whisky apenas cubría el fondo del vaso, nadie se daba cuenta de ello, yo sí.

El señor Bladimir sugirió al nuevo socio que a la brevedad actualizara su pasaporte; en menos de dos semanas estaría de viaje por Texas.

Papá preguntó cuál sería el lugar más adecuado para sacar el documento, escuchó con atención la sugerencia, le sugirieron la ciudad de México, ahí mismo conseguiría la visa. La plática no decaía. El joven Félix volteaba de vez en cuando para preguntarme cualquier cosa o hacerme comentarios; la mayor parte del tiempo permaneció atento a la plática de los mayores. No pude atinar cuál era el papel del joven en ese grupo. Aprovecharon la reunión para hacer un repaso de las propiedades y los negocios de Bladimir y su familia. Lo hacían con aparente sutileza. También platicaron de la amistad que sostenía con gente del gobierno y la política, a quienes complacía con comidas en restaurante caros. Entendí que esas relaciones eran importantes para sus negocios.

Dieron las doce de la noche, los temas no se agotaban. Nuestro ánimo estaba por las nubes. El socio de Bladimir jugaba con sus tirantes. Hablaron del amor y las pasiones. El amigo de Bladimir, Winston, decía que los enamorados deben esconder su pobreza porque “La pobreza es enemiga del amor”. Estuve en desacuerdo con esa aseveración aunque no lo expresé. Tampoco coincidí con el comentario de Félix. Dijo que las mujeres bonitas deben casarse con los hombres ricos.

—Quien beba de éste vino sabrá los secretos de todos —dijo Bladimir en tono jocoso.

Me preguntó Félix si sentía curiosidad por saber los secretos de los ahí presentes; le contesté que para mí no era importante saberlos. Bladimir celebró mi respuesta.

Afuera, los niños encendían luces de bengala, corrían en círculos con ellas en las manos. Las calles se veían alegres. Algunas familias salían de sus casas para tronar cuetes.

El señor Winston comentó en voz alta que la comida había estado deliciosa; advirtió que debía contener su glotonería porque padecía problemas cardíacos: “Comer en demasía me afecta, tomar licor no me cae bien, pero por el motivo de la ocasión haré la excepción. Además, las restricciones autoimpuestas no me impiden seguir disfrutando de las agradables charlas sostenidas por todos ustedes”. Dijo que mi papá le había causado la mejor de las impresiones: “Es usted una persona decente y padre ejemplar, nos va a ir muy bien en los negocios. Usted es una persona preparada, sabe lo que hace”.

—Gente envidiosa y desconsiderada no quiere que brille, pero a partir de ahora nadie podrá con ésta unión de amigos —dijo el socio en alusión al sospechoso envenenamiento de nuestras vacas.

El señor Winston me pareció una persona correcta, con experiencia en los negocios y las relaciones públicas. Mi papá escuchaba atentamente, en ese momento me asaltaba la curiosidad sobre cómo se acoplaría a ellos siendo diferentes en algunos aspectos.

Habían dado las doce con treinta minutos. Bladimir dijo:

—Señores... es hora de retirarnos. Esta noche ha sido de grandes sorpresas para nosotros —con la vista señaló a Félix y a su socio—. Lo más importante es que nuestro amigo David haya aceptado ser nuestro socio, nos sentimos complacidos —Parecía no fingir en su razonamiento.

—Esta familia tan hermosa y bien integrada, nos dio cobijo y calor de hogar por esta inolvidable noche. Ésta hermosa jovencita —volteó a verme—, de ojos de fantasía y mirada transparente y escrutadora, fue el moño de los regalos que a ésta casa llegaron. No se extrañen, pero los regalos que hemos recibido nosotros fueron mucho más de los que hemos traído a esta casa, que solo abre sus puertas a gente de buenos sentimientos como nosotros. De aquí en adelante serán más frecuentes las reuniones... bueno... si es que no nos consideran non gratos.

Riendo a carcajadas mi padre intercedió:

—Las veces que deseen visitarnos serán bienvenidos, ésta es su casa, lo digo de verdad.

Mamá repitió lo mismo agregando lo siguiente:

—Para la otra ocasión les vamos a pedir que nos visiten como invitados, probarán mis guisos que también son sabrosos —festearon la aclaración. Al unísono dijeron que gustosos aceptaban.

Se levantaron de la mesa, Bladimir fue al encuentro de mi mamá para felicitarla, la estrechó entre sus brazos; luego con papá, lo llamó socio; al final lo hizo conmigo.

—Ahora eres la más hermosa del pueblo y de muchos lugares, en un año serás la más hermosa de todo el país.

Me agradó el comentario; me quedé con la duda por qué lo decía. La despedida llevó varios minutos. Salieron los tres, abordaron el vehículo negro, las puertas estaban abiertas. Era el mismo auto que nos condujo a México, verlo me trajo recuerdos. Las puertas fueron cerradas por el chofer. No era el que manejó en nuestro desventurado viaje, era otro, más joven; también vestía uniforme gris pero diferente al del anterior. Nosotros permanecemos en la banqueta hasta que el vehículo se perdió en la esquina al doblar a la derecha.

De nuestras bocas no salieron palabras, solo sonrisas de satisfacción.

Entramos, mis padres se despidieron de mí con un abrazo y un beso, me retiré a mi recámara. Entré, encendí la luz, me desvestí, me coloqué la pijama, me metí a la cama. A pesar que tenía sueño no me dormí inmediatamente. Trataba de recordar las conversaciones en la reunión. Tenía más preguntas y pocas respuestas. En todo eso había algo que no encajaba.

Mis padres tenían una explicación diferente; estaban agradecidos por las retribuciones del héroe circunstancial. Yo no debía poner en duda las intenciones de Bladimir y de su familia.

Esa noche el destino de la familia de nuevo había cambiado de rumbo, ahora con mayor prosperidad. Mis padres estaban más tranquilos sin las perplejidades que nos perseguían desde meses atrás. No podía sacarme de la cabeza la frase: “El que beba de éste vino sabrá el secreto de los demás”. Al día siguiente bajé a desayunar, vi a mi papá que buscaba algo en el estante de sus libros.

—¿Qué haces, papá? —le pregunté.

—Hija, debo prepararme para mi nueva responsabilidad, sabes que no puedo fallarle a ese hombre tan magnánimo con nosotros. Estoy doblemente comprometido con él. Nos estábamos hundiendo, él nos trajo este salvavidas, iniciaremos una nueva vida; tú eres lo más valioso que tenemos, queremos lo mejor para ti.

—Sí, papá, guardo tus palabras en lo más hondo de mi alma, contarás con mi cariño y apoyo por siempre —le acentué. Sonrió, me abrazó.

—¡Por siempre! —repitió.

Al paso de los días a mi corazón llegó un poco de alivio. Todo transcurría sin mayores incidentes, a mi papá le iba bien con su nuevo trabajo. Tres días de la semana se los pasaba fuera. Entre otras actividades tenía que visitar ranchos para ver la salud del ganado que sería enviado a los Estados Unidos. Ellos hicieron planes para que

visitáramos al vecino país, sería en mis siguientes vacaciones. En la ciudad de México tomaríamos el avión que nos llevaría a Houston. Mamá tenía deseos de conocer esa ciudad.

CAPÍTULO 7

Un día mi compañera Rossina me invitó a comer. En el camino a su casa nos encontramos aquel tipo con el que mi novio y yo nos topamos en el parque. Viajaba en una camioneta de modelo reciente sentado al lado del chofer. Lo reconocí por su mirada torva, nariz tronchada hacia su izquierda, tal vez por un golpe. La melena cubría una cicatriz en la cara. No alcancé a ver la razón social en la portezuela. De reojo observé que me miró, en cuanto me identificó volteó la cara para decirle algo al conductor. Lo seguí con la mirada hasta que se perdió de mi vista. Le comenté a mi amiga, no le dio importancia, seguimos caminando hasta llegar a su casa. Comimos, después nos fuimos a su recámara, le platiqué en detalle del asesinato de mi ex novio.

Al siguiente día nos vimos en la escuela. Mi amiga me dijo que le había comentado a su papá lo que le platiqué del asesinato del Paulo Emilio. Me expuso que estaba interesado en el asunto, por tratarse de mí. Le sugirió a su hija que me volviera a invitar a comer, quería escuchar el relato de mi propia boca. Así lo hizo. El papá trabajó en el gobierno como investigador.

—Me dijo mi papá que lo que podría asegurar que lo que le hicieron a tu novio había sido fabricado para que aparentara haber sido un hecho fortuito.

—Dile que estoy dispuesta a platicárselo porque tengo la impresión que es una persona con experiencia en cuestiones de seguridad y delincuencia. Me causó buena impresión. En la primera oportunidad volvería a su casa. Acepté porque yo tenía dudas del asesinato.

Mis papás me habían recomendado que debiera recordar a Paulo Emilio hasta antes de su muerte. “Recordarlo de manera recurrente te martirizaría; estas muy joven para amargar tu vida”.

El momento llegó. Antes de salir de mi casa rumbo a la escuela le dije a mi mamá que Rossina me había invitado a su casa. Aceptó. Sabía que éramos buenas amigas. Oculté el motivo de la invitación. Salimos de la escuela, el sol resplandecía, caminamos a la casa de mi compañera; cruzamos por el mercado “El rodante” que cada semana se ubicaba en ese lugar; era gente de pueblos cercanos y de otros lugares; vendían de todo: frutas, verduras, carnes, quesos, ropa del país y americana. Los improvisados techos con mantas multicolores los protegían del sol o la lluvia. Los